a llevar sus cargas y bagaje, y que así pasarían adelante y no los molestarían a ellos. Los moradores de Nicaragua, creyendo ser así como decían, vinieron en el concierto y diéronles cinco o seis mil hombres de carga, que fueron los que les pidieron. Habían concertado entre sí los mexicanos que concediendo los nicaraguas con su petición y viniendo en el concierto se dividiesen en dos partes y que los unos pasasen adelante con la gente de carga que les diesen y otros que los iban acompañando; y los otros se quedasen detrás, escondidos, y que cuando los hubiesen alejado de su tierra entrasen de golpe y les tomasen los puestos. Hiciéronlo así y cuando los de la provincia salieron con ellos acompañándolos y ayudándolos a llevar sus cargas salieron de golpe los que habían quedado de retaguardia y sin resistencia ninguna se entraron en la provincia y se alzaron con ella, estando los de la tierra bien descuidados de esta traición; y cuando los que habían ido cargados volvieron a sus casas, las hallaron ocupadas y a los enemigos en ellas, sobre los cuales cargaron los que habían ido delante y los estorbaron que no se pusiesen en arma contra ellos, que aunque pudieron matarlos en el camino no quisieron; porque su intento no era de matar sino de rendir gentes y sujetarlas al imperio mexicano; y así se hicieron señores de esta provincia como de las otras que atrás dejaban; y pasando adelante llegaron a la Vera Paz, haciendo éstas y otras cosas semejantes. Y de estas tierras les tributaban después oro y plumas verdes y otras cosas que la tierra daba y producía y piedras, así de esmeraldas como turquesas, de mucho valor y estima; y con estas astucias y mañas fue Motecuhzuma muy gran señor y se apoderó de cuasi todo lo más de este nuevo mundo, en más de cuatrocientas leguas de tierra, adelante de su ciudad de Mexico, ayudado de los dos reyes tetzcucano y tepaneca, que también iban a la parte en las rentas y tributos que las gentes sujetas daban.

CAPÍTULO LXXXII. *De otras cosas sucedidas en estos últimos años del imperio de Motecuhzuma; y se dice cómo, aunque quiso sujetar la provincia de Tlaxcalla, nunca pudo; y un caso muy notable de un capitán tlaxcalteca llamado Tlalhuicole*

DESDE QUE MOTECUHZUMA COMENZÓ a hacer guerra a los de Tlaxcallan, en los primeros años de su imperio, nunca dejó de seguirlos en las ocasiones que pudo; lo uno por ejercitar sus gentes en las cosas de la guerra (como dejamos dicho) y lo otro por tener abasto de gente para los sacrificios hechos en las festividades de sus falsos dioses; y aunque esto era su intento también le movía la gana de verse señor de ellos, como de las demás naciones y familias de sus reinos; porque sentía que siéndolo de tantos no lo fuese de éstos (que en comparación de los demás eran muy pocos) y con esto les hacía guerra continua (unas veces más y otras menos, conforme se hallaba desocupado de la que hacía a otras provincias). Al-

gunos han dicho que si Motecuhzuma quisiera destruirlos lo hubiera hecho muchas veces, pero que, por las razones dichas, nunca se determinó a ello; y aunque parece, según era mucho su poder, que lleva color de poder haber sido así, como se dice, hay otras cosas que parece que lo contradicen; porque si así fuera no tomaran tan de veras la demanda los señores de aquella provincia para venir contra los mexicanos como vinieron en favor de los españoles; y por donde se entiende que la enemistad que se tenían los unos a los otros era mortal, se colige porque nunca jamás trabaron parentesco ninguno, ni jamás casaron mexicanos con tlaxcaltecas, ni por ninguna manera eran amigos; antes a los tlaxcaltecas les era odioso y aborrecible el nombre de los mexicanos; y se sabe, y es muy notorio, que en todas las demás provincias emparentaban unos con otros y con éstos nunca jamás hubo concordia. De donde se infiere que la guerra que se hacían era pura necesidad y no voluntad de entretenimiento.

Estando, pues, en este continuo cerco y perpetua guerra, siempre se cautivaban los unos a los otros y jamás se rescataban ni redimían sus personas, porque lo tenían por muy grande afrenta y caso de menos valer; sino que o habían de morir peleando o, después de cautivos, sacrificados, en especial la gente noble y capitanes de cuenta; en cuya comprobación se dice que, pocos años antes que llegaran los españoles a estas tierras, sucedió que en una guerra que tuvieron los huexotzincas con los tlaxcaltecas, donde vinieron en su ayuda y favor los mexicanos, prendieron un valerosísimo capitán tlaxcalteca, llamado Tlalhuicole, tan valiente y animoso que cuando los enemigos oían su nombre huían de la parte donde se hallaba peleando; y era de tan grandes fuerzas que la macana con que peleaba era tan grande que tenía bien que hacer un hombre de buenas fuerzas en levantarla del suelo. Y como no siempre es igual la ventura en los hombres, fuele adversa a este capitán en esta ocasión, en la cual después de muchas victorias que había tenido y casos hazañosos en que se había mostrado le prendieron los huexotzincas en un lugar cenagoso (donde por desgracia le metió llevado con engaño de los enemigos), y habiéndole prendido lo enjaularon y trajeron con grandes bailes y fiestas a esta ciudad de Mexico y le presentaron al emperador Motecuhzuma; el cual, sabiendo quien era, no sólo no le mandó matar ni hacer mal, mas antes lo puso en su libertad y le hizo muchas y muy aventajadas mercedes y le dio permiso para que se volviese a su tierra (cosa jamás usada con ninguno), pero nunca (por mucho que fue persuadido a esto Tlalhuicole) quiso aceptar la libertad ni consentir en el deseo y gusto del rey Motecuhzuma; antes con instancia le pedía le ofreciese a los dioses como lo habían acostumbrado sus antepasados; pero Motecuhzuma, que más estimaba su vida que la ofrenda de su muerte, no quiso oír su petición y fuela dilatando por algunos días en los cuales se le ofreció hacer guerra a los del reino de Mechuacan, y agradado de la valentía de Tlalhuicole le mandó llamar y le hizo capitán general del ejército; el cual aunque enemigo de la gente que llevaba, la gobernó y rigió como si fuera muy amiga y propria; y llegando a las fronteras donde el rey tarasco tenía sus fuerzas y gentes (que son las partes de Tlaximaloyan, Maravatio,

y Acambaro y Tzinapiquaro) representaron los mexicanos la batalla al enemigo; la cual se dio y hubo de ambas partes muchos heridos y muertos (porque los tarascos es gente belicosa y valiente) y mostróse tan valeroso este capitán Tlalhuicole que, aunque no les ganó el lugar, les quitó mucha de la plata y oro que tenían con otro mucho y muy rico despojo de otras cosas y prendió un muy grande número de tarascos. Con esta presa volvió a Mexico muy ufano y los mexicanos muy alegres de haberle llevado por su capitán y entraron diciendo grandes cosas de él a su rey Motecuhzuma, el cual agradecido de la buena fe que le había guardado le volvió a pedir que se fuese a su tierra, porque no quería que muriese tan buen caballero; pero Tlalhuicole le volvió a replicar a esto diciendo: que no le estaba bien habiendo sido cautivo volverse a su ciudad vencido; pidióle entonces Motecuhzuma que pues no se quería ir libre se quedase en su corte, para su capitán, como uno de sus cortesanos y que le prometía muchos favores y mercedes para sí y para todos los que quisiese. A esto dijo que no lo aceptaba porque no quería ser traidor a su patria, diciéndose de él que hacía favor a sus enemigos y que le pedía de merced que pues no le podía servir en nada la recibiese de mandarlo sacrificar y dar fin a sus desgraciados días; porque viviendo se tenía por afrentado y muriendo ganaba la honra que tanto había procurado toda su vida y que la mayor sería darle la muerte que morían los valientes hombres (que era en la piedra digladiatoria como en otra parte decimos). Viendo Motecuhzuma su pertinacia y que no aceptaba ningún partido le mandó poner en la piedra atado como lo acostumbraban y que saliesen a él los más valerosos hombres que tenía; y el mismo rey, con otras infinitas gentes, estuvieron presentes al espectáculo y saliendo uno a uno a él mató ocho de ellos y hirió a más de otros veinte; pero al fin cayó de un golpe, y así aturdido le llevaron a la presencia de su dios Huitzilopuchtli, donde le sacaron el corazón y dejaron ir rodando el cuerpo por las gradas abajo donde acabó de morir, teniendo por gloriosa aquesta muerte (siendo tan loca y bárbara como se ha contado). Dicen que antes de sacarlo a la contienda festejaron los mexicanos ocho días su sacrificio con grandes fiestas y bailes por ser de persona tan singular y eminente; y que como estuvo tres o cuatro años en esta ciudad se vino a hacer vida con él una de sus mujeres y que murió este mismo día, cuyas partes verendas la cortaron y dieron a comer aquel mismo día de la muerte de ambos a Tlalhuicole su marido; y con esto feneció el valor de este esforzado y valiente capitán tlaxcalteca.